

D.^a LEONOR. ¿No has visto nada en la calle?
 ANACLETA. Varios hombres que cruzaron
 pero que no se pararon.
 D.^a LEONOR. ¿No conociste en el talle?...
 ANACLETA. Los bultos tan sólo ví,
 que la noche es muy oscura.
 D.^a LEONOR. Aun más lo es mi desventura;
 todo me sucede así.

Sale LEONARDA

LEONARDA. (*A doña Elvira.*)
 Pronto, bajad al jardín,
 que aunque no ha dado la hora,
 el galán que os enamora
 ha tocado el bandolín.
 D.^a LEONOR. Eres, Elvira, dichosa,
 y debes serlo en rigor.
 D.^a ELVIRA. Otra noche, mi Leonor,
 serás tú la venturosa. (*Vánse.*)

ESCENA III

Jardín con parte de verja á un lado, y en ella una puerta practicable, por la que salen embozados EL EMPERADOR y TOMATE, este con un bandolín en la mano, y queda á la parte de afuera EL CONDE.

EMPER. (*A la puerta.*)
 Esos galanes me dan
 cuidado, conde, por Dios;
 pues dos noches van ya, dos,
 que en estas calles están.
 CONDE. Si me hubierais permitido
 reconocerlos, acaso...
 EMPER. Hubiera sido mal paso
 un lance comprometido.
 CONDE. ¿Si queréis que hasta la aurora
 yo atento la calle ronde?...
 EMPER. No es ya necesario, conde;
 id á descansar ahora.
 Un breve instante esperad,
 y al momento os podéis ir.
 CONDE. Mi obligacion es servir
 siempre á vuestra majestad. (*Vase.*)
 EMPER. Fuerza es dejar la relevante esfera
 de la alta majestad, del sumo mando,
 para poder gozar de cuando en cuando,
 los bienes de la vida placentera.
 El blando amor, y la amistad sincera
 huyen del trono y del poder temblando;
 aunque en el trono y el poder, ansiando
 dulce amor y amistad, un hombre muera.
 De la vida comun yo, así encubierto
 mi nombre y mi dominio sin segundo,
 vengo á buscar el sosegado puerto:
 ¿pues qué sin amistad y amor el mundo
 es para el hombre? Un árido desierto,
 un ciego abismo, un piélagro profundo.
 (*Se pasea.*)

TOM. Señor, doña Elvira llega.
 EMPER. Mas bien dijeras el sol,
 con cuyo hermoso arrebol
 en luz mi pecho se anega.

Sale D.^a ELVIRA

D.^a ELV. Don Félix...
 EMPER. Mi señora:
 hoy madruga la aurora
 y más temprano para mí amanece;
 tal vuestra faz hermosa resplandece
 á mis amantes ojos,
 que estas sombras son ya celajes rojos,
 y vuestra luz divina
 me abrasa el alma, el pecho me ilumina.

D.^a ELV. Siempre galán, y siempre lisonjero.
 EMPER. Siempre rendido amante,
 que os ofrece anhelante
 un alma ardiente, un corazón sincero;
 un alma, un corazón... ¡ah!... (*permittedlo á mi labio y oído*)
 á quienes turba y viste
 hoy una sombra oscura,
 que aun á vuestra presencia se resiste
 cubriéndolos de luto y de amargura.

D.^a ELV. ¿Y qué sombra, don Félix?... No os com-
 EMPER. Ni tampoco me entiendo, (*prendo.*)
 señora, yo á mí mismo,
 porque un pecho celoso es un abismo.

D.^a ELV. Vos os burlais sin duda.
 ¿De una dama cual yo?... Me dejais muda.
 (*Aparte.*) ¡Qué bien, cielos, temía,
 que al cabo con don Juan se encontraría!
 (*Alto.*) Explicaos luégo, luégo.

EMPER. ¡Ah! que no os enojeis, señora, os ruego;
 ved las ansias mortales con que lucho:
 escuchadme y callad.

D.^a ELV. Callo, y escucho.
 (*Hablan aparte.*)

TOM. (*A Leonarda.*) Pues qué, ¿sin luz se viene
 que aunque se despepita (*la maldita?*)
 mi corazón por ella y mi deseo,
 el demonio me lleve si la veo;
 y será conveniente
 que el tacto me asegure...
 (*Va á abrazarla.*)

LEO. Arre, insolente.

¿No basta el rosicler de mi belleza
 para que se ilumine su cabeza?

TOM. Por más que te encandilas,
 nada, nada descubren mis pupilas.

LEO. Da un puñetazo en ellas,
 y verán las más mínimas estrellas.

TOM. ¡Oh crueldad de estropajo!

LEO. ¡Terneza lacayuna!... ¿Qué hay, bergante?

TOM. Mi corazón flotante

partido está por tí de arriba abajo,
 y hoy lo destroza ¡cielos!
 la tenaza encendida de los celos.
 LEO. ¿Un pícaro también...?
 TOM. También, bribona:

porque de una fregona
 tener bien puede celos un lacayo;
 y aun regalarle un sayo
 de felpa muy cumplida.

LEO. Pues mire por su vida
 que fuera, seor Tomate,
 meterse en tales gastos disparate.
 (*Siguen hablando aparte.*)

D.^a ELV. Aun cuando fueran tales
 esos que habeis hallado,
 y que más razón fuera haber juzgado
 encuentros á estas horas casuales,
 ¿por qué han de ser, don Félix, cosa mía?
 Quien así lo imagine desvaria.
 En esta misma calle
 hay muchas damas de gallardo talle,
 á las que harán terrero
 uno y otro amoroso caballero.

EMPER. ¿Puede haber por ventura,
 quien ajeno de gusto y de cordura
 ronde ansioso esta calle
 por otros ojos y por otro talle,
 que por esos divinos, donde el fuego
 roba para sus flechas amor ciego;
 y que por ese talle, que parece
 el vástago gentil de una azucena,
 que del aura serena
 al blando soplo en el jardín se mece?

¡Ay! que esas damas bellas
 comparadas con vos, señora mía,
 serán lo que ante el sol son las estrellas,
 lo que una clara noche con el día.

Y aunque ronden por ellas
 esos dos embozados,
 se aumentan mis cuidados,
 porque pueden muy bien llegar á veros;
 y si advierten que andaban engañados,
 pues donde alumbra el sol no arden lu-
 en holocausto ofrecerán rendidos [ceros,
 á vuestros piés las almas y sentidos.
 Y tengo, tanto os amo, Elvira, celos,
 bien lo saben los cielos,
 hasta de que haber pueda en mis amores
 envidiosos, no ya competidores.

D.^a ELV. Señor, no vuestro labio
 haga á la fe de mi cariño agravio;
 y si me amais, cual me decís, seguro
 de que es mi pecho diamantino muro,
 no ofendais más ingrato
 mi nobleza, mi amor y mi recato.—
 Mas vamos donde luz haya y asientos,

pues que vuestros gallardos pensamientos
 aseguran mi nombre y mi decoro.
 EMPER. Bien sabeis que el tesoro
 de virtud, de nobleza y de hermosura,
 con que os dotara el cielo, humilde adoro;
 y con pasión tan pura,
 que no debeis temer ni un leve insulto,
 pues mi amor más que amor, señora, es
 (*Vanse.*) (*culto.*)

TOM. Hola, negra doncella,
 llévame á la cocina,
 pues de mí está prendada,
 á ver si allí me saca una botella
 y refrito algun cuarto de gallina,
 con algo de ensalada,
 aunque esté ya marchita y trasnochada.

LEO. ¿Cómo, señor Tomate?
 ¿Qué?... Los celosos, á quien Dios mal-
 no tienen apetito. (*diga,*)

TOM. Pues qué, ¿atacan los celos el gaznate,
 y encogen la barriga?

Yo soy todo al revés; me precipito,
 y cuando estoy celoso de una zaina,
 seis capones, dos ollas de chanfaina,
 cien panes me comiera,
 y aun agotara una vendimia entera:
 porque tanto me arrobo,
 que dejo de ser hombre y soy un lobo.

LEO. Pues á verme celoso nunca venga.
 Cuando lo esté que el diablo lo mantenga.
 Deje aparte los celos,
 y le daré aguardiente con buñuelos;
 y de la cena acaso
 puede que algun relieve salga al paso.
 (*Aparte.*)

Lo que hubiera engullido
 llegando á tiempo mi francés querido.

TOM. Mi condicion se allana.
 Vamos, dulce tirana.

LEO. Espera... ¿Y mi decoro?

TOM. Más contenido soy que lo es un moro.
 En dándome torreznos y botellas,
 pueden dormir seguras las doncellas.
 (*Vanse.*)

ESCENA IV

El aposento que sirve de prision al rey de Francia en la torre de Lujanes. Estará vestido de tapices, y habrá una mesa y un sillón. Sobre la mesa dos candeleros de plata con velas apagadas, y ardiendo una lamparilla; por una puerta al fondo se verá un lecho de damasco, con colgadura. Sale PIERRES de detrás de un tapiz, que al levantarse descubre un agujero practicable en la pared, y cuya punta conserva agarrada hasta que salga EL REY.

PIERRES. Gracias á Dios que me veo
 dentro de mi calabozo.
 Rebosa en mi pecho el gozo:
 preso estoy y aun no lo creo.

Mal haya la libertad,
si es para darse porrazos,
llevar gentiles trancazos
y andar en la oscuridad.
Si por lo ménos Leonarda
hubiera dádome un trago...
mas nada... ¡En momento aciago
se empeñó la zalagarda!

EL REY. *(Sale por el agujero que se oculta al
soltar Pierres el tapiz.)*
Esta precision maldita
de estar al amanecer!...

PIERRES. *(Se sienta despechado.)*
(Encendiendo las velas.)
¿Y cómo lo hemos de hacer?
Tu arrojó te precipita,
y tras de uno y otro lance
metiéndote á pelear,
tiempo para enamorar
imposible es que te alcance.

REY. ¿Y habia de consentir
que la ronda descubriese
quién era yo, y se creyese...?
Antes, vive Dios, morir.

PIERRES. ¿Y la música de ayer?

REY. Yo músicas no tolero
en la calle donde quiero
á una principal mujer.

PIERRES. Mas esta noche, señor,
despues que los palos diste
á la ronda, y conociste
que ver á doña Leonor
no era posible, ¿por qué
volvimos?...
Pierres, volví
porque aquellos hombres ví.
Ilusion y engaño fué.

REY. No fué, menguado, ilusion;
tres bultos ví en realidad,
que luego la oscuridad
me ocultó.

PIERRES. Tras un rincon
de miedo se ocultarian.

REY. Pues si los torno á topar,
vive Dios, se han de acordar.

PIERRES. Contigo no se metian.
(Entra á arreglar la cama del rey.)

REY. ¿Por qué, suerte rigorosa,
ni un punto tus ciegas iras
y el ceño con que me miras
has de deponer piadosa?
En mi dura situacion,
en mi afanoso desvelo,
pude lograr el consuelo
de salir de esta prision,
por breves ratos no más,

y al lado de Leonor bella
dar al olvido mi estrella,
¿y aun estorbándolo estás?
y no te contentas, suerte,
y me pones por delante
sospechas, que en un amante
son peores que la muerte,
porque en mi pecho afanoso
quiere unir tu encono fiero
el dolor de prisionero,
y el martirio de celoso.

(Queda en afligida meditacion.)

PIERRES. *(Volviendo á la escena.)*
¿Y á qué, decidme, señor,
es este afan de salir?
¿Acostarnos á dormir
no fuera mucho mejor?
Cuando con tantos dineros,
cadenas y ricas joyas,
y á fuerza de mil tramoyas
logré ganar los arqueros;
y despues del gran trabajo
que nos costó taladrar
esa pared, y encontrar
salida hasta el piso bajo;
pensé, juro á San Dionís,
que era para luégo luégo
tomar las de villadiego,
sin parar hasta Paris.
Así las primeras noches
que logramos escapar,
me pensé que iba á encontrar
caballos, literas, coches;
mas nada, en espadachines
y en galanes transformados
nos fuimos muy embozados
á rondar unos jardines.
Y luégo á oscuras á entrar,
tropezando en escalones,
por desvanes y rincones,
tú con tu dama á charlar
y yo á charlar con la moza,
que segun es de ladina,
saldrá al fin de la cocina
en un burro y con corozas.
Yo... se la hubiera pegado
á este mastin de Alarcon.

REY. *(Poniéndose en pié muy enojado.)*
Acaba tu relacion,
que me tienes mareado.
Eres villano sin seso,
y no sabes que las leyes
del honor para los reyes
son cadenas de gran peso.
Si pensaste cual ruin
que era mi intento fugarme,

cuando me viste afanarme
por salir de este confin;
ofendiste mi arrogancia,
que mi palabra he empeñado,
y jamás á ella ha faltado
el rey Francisco de Francia.
Del cielo el rigor esquivo
y la inicua suerte mia
me rindieron en Pavía
al emperador altivo;
y en aquel campo perdí
todo, pero la honra no;
y no soy un hombre yo
que huyendo salga de aquí.
O con pactos ventajosos
á mi trono he de volver,
ó rescatado he de ser
por mis vasallos gloriosos.

PIERRES. *(Humilde.)*
No fué ofenderte mi intento...
A tus plantas perdon pido.
Mas no grites, que si ha oido
tus voces, vendrá al momento
el furibundo vejete;
y como no puede en tí,
tal vez descargará en mí
la nube con un cachete.

REY. Pues no pienses necedades.

PIERRES. Señor, ¡si soy un pollino!
Cuanto pienso es desatino,
cuanto digo vaciedades;
mas que me gozo confieso
en ser humilde villano.
¿Por qué?
Porque puedo ufano
escaparme si estoy preso,
como lo hice allá sin mengua
de la Bastilla en Paris,
cuando estuvo ya en un trís
sacarle al pueblo la lengua.
Y no por lladre, eso no;
sino porque vuestro ayo
me quiso colgar el sayo
de ser vuestro maqueró.
Mas idos al lecho aprisa,
que empieza ya á amanecer,
y esta la hora suele ser
de la matinal requisa.
Y si el señor de Alarcon
nos ve tan empavesados,
listos y despavilados,
sospechará con razon.

REY. *(Empezando á desnudarse.)*
Dices bien.—¡Ojalá el sueño
descienda á mí, suave y manso,
y dé á mis penas descanso

con balsámico beleño!
¡Qué ajena, Leonor, estás
de que tu don Juan soy yo!
¡Qué ajena...!—¿Mas qué sonó?
(Oyese ruido.)

PIERRES. Que se acerca Satanás.
(El rey se va al lecho precipitadamente y Pierres con gran presteza apaga las luces, pone en el suelo unos almohadones, se queda en mangas de camisa, se acuesta y finge que ronca.)

Se oye el ruido de una gruesa llave, de un cerrojo y de una barra, y sale con un candelero en la mano HER-
NANDO DE ALARCON.

ALARCON. *(Deteniéndose al entrar.)*
Maldito este oficio sea,
que no es para caballeros
andar en estas requisas
y vivir celando presos.
Me gusta á los enemigos
encontrarme cuerpo á cuerpo,
dando de maza y montante
golpe que cante el misterio;
y me aflige desarmados
en prision estrecha verlos,
donde se abate y se postra
el más generoso esfuerzo.
El corazon se me parte
cada vez que á mirar vengo
si un rey tan grande y valiente
está postrado y sujeto.
Si ya empeñó su palabra
de no fugarse aun pudiendo,
y cual rey ha de cumplirla,
¿para qué más embelecó?...
Mas obedecer me toca
los soberanos preceptos,
sin meterme á escudriñarlos:
resígnome y obedezco.
(Se acerca con tiento á la alcoba y observa al rey que duerme.)
¡Desdichado! ¡La fortuna
muy su contraria es por cierto!
Aunque he ayudado á vencerle,
me aflige en tal sitio verlo.
¡Lo que es ser robusto y jóven!
De su infortunio tremendo
se olvida, y es venturoso
entre los brazos del sueño.
(Se acerca á observar á Pierres.)
Este socarron criado,
que es un tuno como un cerro,
tambien ronca á pierna suelta.

Muy buenas ganas le tengo.
Mas pues que todo está en orden
y nada ofrece recelo,
duerman tranquilos y olviden
sus infortunios acerbos.

(Vase.)

PIERRES. *(Se va incorporando al paso que se re-
tira Alarcon, y cuando éste desapa-
rece, se levanta y va como detrás de
el hácia la puerta.)*

Señor Alarcon, mil gracias
por sus cortesés requiebros,
y por las ganas también.
Reviente con ellas presto.

(Viene al medio de la escena.)

En mi vida me ha cabido

dósis más grande de miedo.
Temí que me saludaba
con un puntapié á lo ménos.
¡Pues si oliera!... No hay cuidado.
Sepa, señor carcelero,
que le hacemos la mamola,
porque es un pobre mostrenco.
Y si otro fuera mi amo,
y no andara en devaneos,
chasco os llevarais tan grande
que os dejara patitieso.

(Se acerca al lecho del rey.)

Señor, ya se fué.— Durmióse.
Pues no es mal cuajo por cierto!
... Mas ha hecho bien á fe mia.
A seguir voy yo su ejemplo.

JORNADA SEGUNDA

ESCENA PRIMERA

*Salon del alcázar de Madrid. Aparecen EL EMPERADOR, sentado junto
á una mesa en que hay dos candelabros con luces encendidas y recado
de escribir, y EL CONDE de pie junto al sillón.*

EMPERADOR. Esta noche ha de llegar,
con el alma lo deseo,
el importante correo,
ó mañana á más tardar.

CONDE. También yo anhelo que venga,
porque al cabo el compromiso...

EMPERADOR. De un modo ó de otro preciso
es que fin, y pronto, tenga.
Todo un rey, y un rey de Francia,
más de un año prisionero
es triunfo muy lisonjero
á mi poder y arrogancia;
pero también en verdad
es ya embarazo forzoso
para la paz y el reposo,
conde, de la cristiandad.

CONDE. Si ratificado viene
el tratado, que en rigor
á vuestro gusto es, señor,
y á ambas coronas conviene,
la paz queda asegurada.

EMPERADOR. Y al momento, yo lo abono,
vuelve Francisco á su trono,
toda discordia olvidada.

CONDE. ¿Y si orgulloso el francés
arrollase...

EMPERADOR. No lo espero.
Se precia de caballero
el rey Francisco, y lo es.

CONDE. Pero es la Italia una prenda
de mucho empeño y valor.

EMPERADOR. De la Italia soy señor,
¡ay de aquel que la pretenda!
Del imperio, ó de la España,
siempre la Italia será,
y en ella tres veces ya
se hundió la francesa saña.
Y con Pescara, Alarcon,
el del Vasto, Juan de Urbina,
Leiva, Santillana, Encina,

y otros caudillos, que son
de esfuerzo y pericia soles,
¿quién la Italia ha de pisar?
¿Quién querrá el valor tentar
de los tercios españoles?

CONDE. Señor, con tales soldados
y tan nobles capitanes,
todos vuestros sabios planes
verá el orbe realizados.

EMPERADOR. Sí, con española tropa,
en quien yo mis glorias fundo,
estrecho se me hace el mundo,
conque, ¿qué será la Europa?

CONDE. Teneis razon que es estrecho,
si recordais tanta hazaña
como las armas de España
en Indias hacen y han hecho.

EMPERADOR. Pues si el plácido reposo
de la cristiandad consigo,
verás á mis piés, amigo,
el africano coloso.

CONDE. ¡Oh! plegue á la Omnipotencia,
que la morisma postrada...

EMPERADOR. Dad, conde, al alcalde entrada,
que espera hace rato audiencia.

CONDE. *(Acercándose á la puerta.)*
El alcalde.

*Sale EL ALCALDE, hace una profunda
reverencia, hinca una rodilla en tier-
ra é inclina en ella la vara.*

ALCALDE. Emperador
siempre glorioso y augusto,
mi rey siempre grande y justo,
á vuestras plantas, señor...

EMPERADOR. *(Grave.)* De la tierra, alcalde, alzá,
y alzá la vara, que yo
acato también, y no
la quiero en tierra. Llegad,
(Se levanta y acerca el alcalde.)
que porque en la tierra anduvo
anoche, mi celo os cita,
pues hablaros necesita
de aquello que anoche hubo.
¿Qué desórdenes, decid,
son esos que han ocurrido,